

## Las elecciones en Brasil y los desafíos del nuevo gobierno

Hugo de Zela

Si hay algo que confirmé durante la etapa en que fui embajador del Perú en Brasil es que nuestro vecino es realmente, como muchos lo describen, un país-continente. Efectivamente, las profundas diferencias que existen entre las diversas zonas de ese enorme país y las diferentes necesidades e intereses que eso conlleva, hacen difícil realizar afirmaciones o análisis que sean válidos para todo Brasil. Por ello, los comentarios que siguen son acerca de tendencias generales, que no siempre son aplicables a cada sector o zona del país.

Hay varios hechos que resaltan claramente en esta elección. El primero, es la conocida capacidad de Luiz Inacio Lula da Silva para recuperarse de sus dificultades, por más grandes que estas sean. Desde que, como dirigente sindical fue candidato varias veces hasta ser elegido presidente, hasta el momento en que fue —luego de ejercer la presidencia de la República por dos períodos— encarcelado por corrupción y lavado de dinero, Lula demostró una impresionante capacidad para recuperarse hasta conseguir que lo elijan nuevamente como presidente de su país.

Aparejado a ello, hay que resaltar el “olfato” político de Lula, que se ha hecho evidente en muy diversas ocasiones, junto con su capacidad de maniobra y de conexión con el sentimiento popular prevaleciente en el momento. Ello le ha permitido salir airoso de dificultades importantes que ha atravesado durante su larga carrera política. Baste mencionar, como un ejemplo reciente de lo que afirmo, su elección de Vicepresidente: colocar en esa posición a Geraldo Alckmin, un antiguo enemigo político, representante de un sector del electorado que ve a Lula como la encarnación de algunos de sus miedos, fue una jugada inteligente y que seguramente le llevó una buena cantidad de votos.

En segundo lugar, también destaca el hecho de que Lula fue elegido por un margen muy reducido de votos, lo que refleja la polarización que reina en Brasil, donde la población se ha dividido en dos bandos claramente opuestos. La virulencia de la campaña electoral, donde los candidatos intercambiaron insultos y se atacaron en todas las formas posibles, contribuyó a este clima de antagonismo.

Sin embargo, y a pesar de esa polarización, las instituciones han funcionado. No hace muchos meses, el presidente saliente, Jair Bolsonaro, desarrolló una campaña para sostener que las autoridades electorales podían ser parte de un fraude en las elecciones venideras. Sin embargo, como se ha visto en la prensa, Bolsonaro aceptó finalmente el triunfo de Lula y ha dado la orden de que se inicien los trabajos necesarios para la transferencia del poder. Esa es una prueba de que aún hay un cierto grado de confianza en las instituciones brasileñas, lo cual es una buena noticia.

Sin embargo, y como muestra de la polarización, Bolsonaro y su partido, presentaron formalmente un reclamo sobre el resultado de las elecciones al

Tribunal Supremo Electoral, alegando que algunas urnas electrónicas, de fabricación de antes de 2020, tenían errores graves al contabilizar los votos.

El presidente del Tribunal respondió rápidamente a la demanda, rechazándola y sosteniendo que se trató de una demanda de mala fe “ostensiblemente ofensiva al Estado democrático de derecho” e impuso una multa de 4 millones de dólares al Partido Liberal, acusándolo además de alentar movimientos delictivos y antidemocráticos, en referencia a los cortes de carreteras y concentraciones de personas ante algunos cuarteles, que realizaron los grupos más radicales del bolsonarismo.

Otro factor que vale la pena destacar es que el resultado electoral de la polarización ha sido entregar la presidencia a Lula y el Congreso a Bolsonaro. Ello hará necesario que esas dos instituciones fundamentales para la vida democrática busquen la manera de entenderse para que el país funcione. Esperemos que lo logren, pero no cabe duda de que veremos en el plazo próximo una situación que seguramente demorará un tiempo en estabilizarse.

También hay que resaltar el papel moderado que han jugado las fuerzas armadas brasileñas, a las que se trató de empujar a un protagonismo más activo. Lo que se ha podido observar, sin embargo, es que han sido cuidadosos en mantener su participación dentro de los límites que las normas legales vigentes les otorgan, actuando con prudencia y en apoyo a la democracia brasileña.

Sin embargo, el período que va desde hoy al 1 de enero será complejo y probablemente muy tenso. Hay una situación ambivalente pues Bolsonaro guarda silencio, mientras sus seguidores presentan reclamos en los tribunales y crean disturbios, al tiempo que, en el plano oficial, el equipo de transición de Lula se reúne cotidianamente con el equipo de transmisión del mando designado por el gobierno. No se puede dejar de mencionar en este panorama un factor que, particularmente en Brasil, tiene una influencia enorme, el fútbol. Estamos iniciando el campeonato mundial y el comienzo de la “canarinha”, como se conoce a la selección brasileña, ha sido muy auspicioso. Si esto continúa y Brasil consigue su sexto campeonato mundial, los ánimos se calmarán y posiblemente las celebraciones sustituirán a las protestas.

Pero, como afirmé al comenzar estos comentarios, Brasil es un país complejo y difícil de gobernar y por ello los desafíos que enfrentará el nuevo gobierno son variados y múltiples. Me referiré solamente a algunos de ellos.

En un escenario internacional particularmente complejo como el actual, con una economía mundial afectada por las consecuencias de la guerra entre Rusia y Ucrania, con una Unión Europea que no pasa precisamente por su mejor momento, con una amenaza de recesión en Estados Unidos, con niveles altos de inflación en varias de las potencias mundiales, con un comercio mundial con dificultades —entre otras razones por el encarecimiento de los fletes—, con los estragos de la pandemia del COVID aún sin resolver del todo, recuperar los niveles de crecimiento de la economía

brasileña representa un desafío mayor. Los niveles de pobreza en nuestro vecino muestran signos preocupantes y la recuperación del crecimiento de su PBI es esperado por los brasileños que confiaron en Lula y seguramente se lo demandarán en el corto plazo.

En el gobierno de Bolsonaro hubo una posición diferente sobre el tema del cuidado del medio ambiente. Este ha sido uno de los temas de campaña y la depredación de la Amazonía y, en general, políticas más agresivas de protección del medio ambiente será otra exigencia que se hará al gobierno que empieza el 1 de enero del 2023. Hay una clara preocupación, que va más allá del Brasil, con respecto al deterioro de la Amazonía y del avance que han tenido los depredadores de esa importante zona.

Un tercer ámbito de políticas que en el gobierno Bolsonaro perdió prioridad son los derechos de las minorías, de las mujeres, de los afrodescendientes y de los indígenas. Esos grupos están organizados y seguramente demandarán atención prioritaria. De hecho, si se observa la prensa brasileña, ya están empezando a manifestarse las primeras demandas, por lo que cabe prever que estas se incrementarán una vez que se inicie el período de gobierno.

Ya Lula ha dado un adelanto de su postura sobre ambos temas al expresar en la COP 27 que planteará al Secretario General de la ONU que Brasil organice la 30° conferencia del clima de la ONU en 2025 en la Amazonía brasileña y también expresó que creará un ministerio de pueblos originarios “para que los indígenas no sean tratados como bandidos”.

En el plano de la política exterior seguramente habrá cambios importantes. Es previsible que, como lo hizo en sus anteriores gobiernos, Lula quiera marcar una presencia internacional bastante más activa que la actual. Y seguramente lo querrá hacer, en primer lugar, en la región. Hay, por cierto, un entorno favorable para este retorno de Brasil, por la cantidad de gobiernos socialistas o de tendencia hacia la izquierda en la región.

Recordemos, sin embargo, que no todos estos gobiernos tienen exactamente la misma orientación. Por ejemplo, no parece haber muchas coincidencias del pensamiento de Lula con el de López Obrador o con Gabriel Boric o incluso con Gustavo Petro. El actual predominio de gobiernos de izquierda no significa que se van a entender automáticamente. Habrá que observar atentamente cómo evoluciona este aspecto.

Pero, posiblemente, podemos esperar nuevos impulsos a mecanismos como el CELAC y seguramente algún intento de revivir la idea de UNASUR. También es probable que, como uno de sus principales fundadores e impulsores, Lula quiera fortalecer al Foro de Sao Paulo y vitalizar el Grupo de Puebla, dos ámbitos de acción donde el Brasil gobernado por Lula tuvo tradicionalmente un peso importante y orientador de otros miembros, inclusive antes de su primer gobierno.

El entendimiento con Argentina seguramente se inclinará a tratar de hacer algo conjuntamente para reactivar un MERCOSUR bastante aletargado en los últimos años. La presencia de Brasil en Naciones Unidas, que en los años recientes ha sido, por decir lo menos, bastante discreta, seguramente se renovará con algunas iniciativas. La relación con la Unión Europea, que fue muy activa en el anterior gobierno de Lula, probablemente será objeto de atención prioritaria. Y, como el pragmatismo ha sido tradicional en la relación bilateral, la vinculación con los Estados Unidos —ahora con Trump y Bolsonaro fuera de la presidencia— muy probablemente volverá a intensificarse porque los intereses compartidos son múltiples y variados y porque, en realidad, en Estados Unidos hay un profundo convencimiento de que, para sus intereses, Brasil es el principal país de América del Sur y que, por ello, es necesario mantener una relación cercana.

En el caso del Perú, la frontera que tenemos con Brasil es la más extensa y nuestras economías son claramente complementarias. Además de ello, el hecho de que nuestro vecino tenga una amplia costa atlántica y que el Perú ofrezca una salida al Pacífico para los productos brasileños destinados al mercado asiático, hace que se presenten amplias oportunidades de cooperación y de mutuo beneficio. Ello hace pensar que sería natural que, en esta nueva etapa, se busque un nuevo acercamiento, especialmente en el área amazónica y en la vinculación fronteriza, aunque el fantasma de todo lo ocurrido por la corrupción de Odebrecht estará muy presente en los ánimos de los operadores políticos y económicos y seguramente será un factor que hará que todos ellos caminen con mucho cuidado y muy lentamente para evitar que se repita esa nefasta historia.

Termino estas palabras afirmando que no hay duda de que veremos una presencia bastante más activa de Brasil en la región y en los principales temas internacionales. Como lo dijo recientemente un comentarista de temas internacionales, a partir del primero de enero del próximo año, Brasil “is going to be back” o, para decirlo en portugués, “O Brasil volta”.

De Zela, H. (2022, octubre-diciembre). Las elecciones en Brasil y los desafíos del nuevo gobierno. *Boletín virtual Panorama Mundial*. Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://idei.pucp.edu.pe/panorama-mundial/>